

tágoras en persona la honra de haber abierto la era de la subjetividad, explicando la diversidad y la contradicción de las ideas por la disposición del sujeto pensante, y atrayendo así la filosofía al estudio del hombre. Desde este punto de vista, el principio de que "el hombre es la medida de todas las cosas," tan reprochado á Protágoras, es nada ménos que el preludio del "conócete á tí mismo," de Sócrates. Los sofistas fueron los primeros en comprender la alta importancia del elemento subjetivo en la ciencia; á ellos pertenece la honra de haber proclamado que el espíritu humano no ha podido recibir sus leyes de manos de la naturaleza, sino que por el contrario, él es quien piensa, ordena, y en cierto modo construye las cosas según las leyes que le son propias. De aquí procede, según Hegel, la alta idea que los sofistas se formaron del poder y soberanía del espíritu humano; y de aquí una especie de exaltación que pudo arrastrarlos inocentemente á un orgullo extremado, á una especie de inmoralidad y hasta el ateísmo. Quien conoce los recursos del espíritu humano, posee la ciencia universal, y puede enseñarlo todo, desde la física hasta el arte militar. Dueño de las impresiones y resoluciones de los hombres, los maneja á su antojo; es hombre de Estado, y tirano si así lo quiere. Sabiéndolo todo, gobernándolo todo, dando á los hombres y á la naturaleza sus leyes, haciendo á su capricho lo bello y lo feo, lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso, ¿qué falta al sofista para ser Dios?

No se podría contestar lo que hay de original é ingenioso en algunas de las observaciones de Hegel; pero todo ese edificio reposa sobre una interpretación infiel y arbitraria de los textos. Cuando Protágoras sostenía que el hombre es la medida de todas las cosas, no se refería de ninguna manera al hombre en general, al espíritu humano en la rica variedad de sus potencias y de sus leyes: entender así la fórmula de Protágoras, es desprenderla de todo lo que sirve para ilustrarla y darle su verdadero sentido, introduciendo arbitrariamente toda especie de ideas modernas. Léase el capítulo de Sexto Empírico donde se refiere y comenta la fórmula del sofista griego; más todavía: léase el *Theeteto* de Platon, y se encontrará la interpretación más exacta y rigurosa, al mismo tiempo que la refutación más sólida de las teorías de Protágoras. El sofista de Abdera era discípulo de Heráclito; como su maestro, no veía en la naturaleza más que una metamorfosis continua, un desvanecimiento sin fin de fenómenos perecederos y fugitivos; pero en lugar de referir esas formas cambiantes á un principio eterno, á un fuego viviente, como se inclinaba á hacerlo Heráclito, como lo hicieron más tarde los estoicos, Protágoras explicaba la variedad y contradicción de los fenómenos por la movilidad de los sentidos: el hombre no es más que un animal dotado de sensibilidad, y cada individuo tiene su manera de sentir. Ahora bien, como no hay otro medio de conocer fuera de la sensación; como la sensación es toda la ciencia, se sigue que todo lo que es sentido como bello, como bueno, como justo, debe ser reputado por tal, salvo que se le juzgue un instante después como feo, malo é injusto; de donde concluía Protágoras que para saberlo todo, enseñarlo todo y gobernar á su antojo á los hombres, bastaba saber dar á las cosas tal ó cual color, según las circunstancias y la necesidad del momento. Partiendo del principio sensualista, Protágoras llegaba, pues, en el orden especulativo á una especie de nihilismo, y en la práctica, á una repugnante inmoralidad.

No sale más airoso Hegel cuando lo trata de justificar la tesis de Gorgias sobre que nada

existe, que el ser no es. Al ver Hegel aparecer aquí por primera vez en la historia de la filosofía un principio que le es querido, el principio de la identidad de las contradictorias se defiende á sí mismo defendiendo á Gorgias, y no vacila en prestarle sus más sutiles y osadas especulaciones. En su opinión, Gorgias ha comprendido perfectamente que todo ser de la naturaleza encierra en sus profundidades una contradicción necesaria, una especie de lucha entre el ser y la nada; el ser, tal como nos le presenta el universo, cambia sin cesar, es decir, se niega sin cesar, y sin cesar se afirma después de haberse negado. De este conflicto, de esta antítesis entre el ser y la nada, resulta el cambio (*devenir*) síntesis maravillosa, en que la nada y el ser, siempre contrarios y siempre unidos vienen á reconciliarse. No nos toca examinar aquí el valor de esta teoría de Hegel; pero lo que es incontestable, es que ha sido completamente desconocida de Gorgias. La fórmula hegeliana, sea cual fuere su valor, tiene al ménos un carácter dogmático; la de Gorgias, por el contrario, está sellada de un espíritu enteramente negativo. De la contradicción de las ideas, pretende Hegel hacer salir su armonía, ligándolas así en un sistema regular; Gorgias busca la contradicción para gozarse y encerrarse en ella sin salida.

Dejemos á un lado los refinamientos de la especulación moderna; volvamos á la antigüedad; démos á los textos su sentido verdadero, y cuando se trate de interpretar los textos, dirijámonos á dos críticos incomparables: Aristóteles y Platon. Aquí, por ejemplo, repitamos la lectura del *Theeteto*, y sobre todo, el admirable diálogo en que Platon ha definido al sofista. Cuando á la vez le llama cazador de jóvenes ricos, pescador de anzuelo, comerciante que trafica en conocimientos para uso del alma, charlatan, hábil en el arte de imitar, etc., puede creerse que aquel grande artista se chancea, y todavía, en el fondo de esas chanzas se descubre una ironía profunda y un sentido serio; pero cuando quiere oponer la sofística á la verdadera filosofía, el puro amor de lo bello y el bien á la rebusca de los oropeles y de las vanas apariencias, caracteriza, y graba, por decirlo así, en dos rasgos profundos, la diferencia del filósofo y del sofista: aquel, dice, tiende hácia el ser; éste vá á la nada. Tal es la sentencia del más grande filósofo y del más grande moralista de la antigüedad sobre la sofística. La conciencia universal ha confirmado esa sentencia, contra la cual no podría prevalecer una rehabilitación fardía. —E. SAISSET, miembro del Instituto.

REVISTA DE PERIODICOS.

Digna es de llamar la atención la importancia que entre nosotros se da cada día más á las cuestiones filosóficas: periódicos de carácter puramente político, consagran hoy una parte considerable de sus columnas á artículos en que se tratan materias de la más elevada trascendencia; y si reflexionamos en que ese movimiento inusitado de la prensa corresponde á una tendencia bien marcada del espíritu público, hay que reconocer y estudiar un fenómeno bien curioso, que se verifica actualmente en la sociedad mexicana, y que por ahora nos limitamos á consignar como el punto de partida de una evolución

con los cuales no pueden compararse de ninguna manera. Pues qué ¿un error científico guarda alguna semejanza con esas aspiraciones permanentes y universales del alma, con esas necesidades del espíritu humano, que deben, por lo mismo, considerarse como constitutivos de su esencia, no debiendo, por consiguiente, eliminarlas una filosofía que se jacta de apoyarse exclusivamente en los hechos para descubrir entre ellos las leyes ó las relaciones necesarias? La idea de Dios se funda en la idea de causa, mejor dicho, sólo en Dios halla la idea de causa su certidumbre absoluta; y aunque es cierto que Comte considera "como absolutamente inaccesible, y vacía de sentido para nosotros, la investigación de lo que se llama causas, primeras ó finales," en cambio Spencer, autoridad intachable para nuestro colega, establece que "el sentimiento y la idea de causa no pueden ser destruidos, sino destruyendo la conciencia misma." ¿Dirémos despues que no hay que hacer caudal de la idea de causa y otras del mismo orden que ha tenido, y tiene y seguirá teniendo la humanidad, porque son errores de la misma familia de los citados por nuestro colega? Nadie cree ya en el dios Gaster ni en las arqueas de Van Helmont, ¿y puede seguirse de aquí que no debemos ya admitir al Sér de los séres, necesidad suprema en el orden de la inteligencia y en el orden de la realidad? ¿De cuándo acá la falsa aplicacion de un principio envuelve la negacion del principio? En cuanto al absoluto, notarémos solamente que Comte afirma que "no hay absoluto mas que lo relativo," es decir, que no hay absoluto, y al mismo tiempo Bourdet establece que "el absoluto y el infinito existen." ¿Cómo, pues, si no hay absoluto, existe, y cómo, si sabemos que existe no le conocemos? Parécenos que discurrir de este modo es abusar de la lógica *un poco demasiado* como dicen los franceses.

Por lo dicho, puede verse que la impugnation del *Positivismo* deja en pié los argumentos del padre Félix, y que si se quiere atacarle con buen éxito, hay que adoptar otro camino, comenzando nuestro colega por fijar bien su posicion, es decir, estableciendo con claridad la escuela positivista á que pertenece.

El 10 del pasado Marzo, aniversario de la muerte del Dr. D. Gabino Barreda, los periódicos afectos al positivismo, publicaron artículos destinados á ensalzar la memoria del que introdujo y propagó en nuestro país la doctrina de Augusto Comte. Celebróse con el mismo objeto una velada literaria en la Escuela Preparatoria, pronunciándose varias composiciones en prosa y verso. Como nosotros no asistimos á aquella festividad fúnebre ni hemos leído las composiciones referidas, no podemos formar juicio acerca de ellas; sabemos únicamente, por lo que dice el *Positivismo*, que "ninguna frase descompuesta, ningun acento de ira, de rencor ó de despecho brotó de los labios de los oradores," lo que comprendemos, tanto más cuanto que no habia motivo para esa especie de arranques oratorios. Esto no impidió, sin embargo, que alguno de los periódicos positivistas, diera rienda suelta á los más violentos desahogos contra las personas que no profesan sus opiniones; manera en verdad poco filosófica de honrar la memoria de un filósofo.

No debemos concluir esta revista sin mencionar el pasaje de un discurso de Tiberghien, en el cual se impugna vigorosamente la doctrina positivista. Sentimos que la *Discussion* no haya publicado íntegro ese notable discurso, pronunciado por su autor en la solemne apertura de los cursos de la Universidad de Bruselas, el 7 de Octubre de 1867. Sin embargo, el pasaje á que aludimos se recomienda suficientemente por la severidad lógica con que se ponen de manifiesto los errores fundamentales del positivismo

J. M. VIGIL.

LA ANARQUIA POSITIVISTA.

I.

AUGUSTO COMTE Y HERBERT SPENCER.

EL 15 de Febrero de 1864, Augusto Laugel publicó en la *Revue de deux Mondes* un artículo acerca de la obra de Herbert Spencer, intitulada: *Los Primeros Principios*. En dicho artículo, el escritor francés presentó al filósofo inglés como discípulo de Augusto Comte, pero parece que el segundo no se sintió satisfecho de esta honrosa distincion, pues se apresuró á desmentir semejante aserto en un artículo que se intitula *Por qué me separo de Augusto Comte*, y que puede ver el curioso lector en la *Clasificación de las ciencias*, obra traducida al francés por F. Réthoré. Como nuestros positivistas acostumbran citar en apoyo de sus doctrinas á Comte y Spencer, cual si entre estos escritores hubiese identidad de opiniones, vamos á extractar el artículo del último, lo cual servirá de deshacer algunas inocentes ilusiones, dando al mismo tiempo una pequeña muestra de la anarquía que reina en el campo positivista. Desde luego se presenta esta cuestion: ¿es efectivamente A. Comte creador de la ciencia propiamente dicha? Spencer no vacila en negarlo, calificando de errónea la creencia que lo afirma, y que sin saberlo han contribuido á propagar tanto los enemigos más ardientes, como los amigos más adictos de Comte. Hé aquí cómo se explica ese error fundamental:

"Por una parte, habiendo designado M. Comte bajo el nombre de *filosofía positiva* todos los conocimientos definitivamente establecidos, que los sábios han reducido por grados á sistema ó en un sólo cuerpo de doctrina, y habiéndole opuesto de ordinario á la reunion incoherente de las opiniones sostenidas por los teólogos, (*) se ha formado en el

(*) Bajo este nombre se designan aquí todos los que no son positivistas; á la calificación del lector queda la exactitud del término.

que promete ser fecunda en resultados de toda especie. Entre los varios escritos filosóficos publicados el mes pasado, ha ocupado por completo la atención un discurso del padre Félix, que con el título de *La negación positivista y su valor científico*, combate en sus principios y tendencias el sistema de filosofía creado por Augusto Comte. Varias circunstancias han concurrido al buen éxito extraordinario que ha obtenido el referido discurso: las galas y bellezas literarias de que se encuentra revestido; la exposición clara y metódica del asunto que trata, hacen su lectura fácil, interesante y amena para toda clase de personas, ávidas, por otra parte, de tener ideas exactas acerca de una doctrina que cuenta entre nosotros con adeptos entusiastas. La gran circulación que ha adquirido el discurso del padre Félix por la reproducción que de él han hecho varios periódicos de la Capital, y el propósito que tenemos de darle más tarde un lugar en nuestras columnas, nos hacen omitir el análisis que indudablemente merece, y pasamos, por lo mismo, á la impugnación que ha dado á luz el órgano más caracterizado de la escuela positivista.

Bueno es observar ante todo, que el positivismo, en su parte orgánica, llamémosla así, está muy lejos de presentar un todo compacto y homogéneo. Conformes sus partidarios en ciertas negaciones, sepáranse por diferencias profundísimas luego que se trata de construir la ciencia; no disimularémos, pues, nuestra sorpresa al ver citados con igual encomio por el *Positivismo*, los nombres de Comte, de Littré, de Mill y de Spencer, manifestando igual adhesión á doctrinas que no pueden conciliarse, como tendremos ocasión de manifestarlo más tarde. Así vemos que entre los títulos de gloriosa invención atribuidos á la escuela, se mencionan como si fueran una misma cosa, las clasificaciones científicas de Comte y de Spencer, añadiendo que "han sido los primeros filósofos que desde Aristóteles hasta nuestros días, lograron presentar una buena clasificación de las ciencias." Dejemos á un lado el mérito de esas clasificaciones, y fijémonos solamente en el desacuerdo que entre los autores mencionados existe. Comte enumera seis ciencias, Littré siete, y ambos excluyen la psicología, adoptada por Spencer y Mill. ¿A qué debemos atenernos? No creemos que nuestro colega pretenda admitir simultáneamente todas esas opiniones, y sin embargo, eso parece que hace cuando opone al padre Félix la psicología que figura en la clasificación de Spencer, y al mismo tiempo elogia el trabajo de Comte que hace punto omiso de aquella ciencia.

El *Positivismo* funda otro de los títulos de invención positivista en la *sociología*, palabra de formación híbrida, creada efectivamente por Comte, pero que no significa una ciencia nueva, como lo observa con mucha exactitud Larousse. Diráse que la invención se refiere al método y base; pues ni aun eso, porque el método de observación, que sólo admite los hechos, no es obra del positivismo, y en cuanto á la ley de los tres estados, no es una concepción enteramente original de Comte. Pero suponiendo que lo fuera, ¿puede admitirse como punto resuelto esa famosa ley? ¿Puede considerarse la sociología como una ciencia definitivamente constituida? De ninguna manera, puesto que aun positivistas de la talla de Spencer rechazan esa base, y la divergencia de opiniones, según el mismo Comte, es signo seguro de que una ciencia no se ha constituido todavía. Aquí nos permitiríamos volver á preguntar á nuestro colega, si al mismo tiempo admite y rechaza la ley de los tres estados, según que invoca los nombres de Comte y de Spencer, ó si acaso ha hallado medio de conciliar esas doctrinas contradictorias.

En cuanto á la singular ocurrencia de colocar en el número de los positivistas á Kepler, Newton y Leibniz, basta una ligera idea de los principios filosóficos que profesaron aquellos hombres eminentes, y de los que forman la base de la moderna escuela, para persuadirse de que nuestro colega no ha podido tomar á lo serio semejante aseveración. Respecto del ilustre Bernard, ya veremos si se le puede llamar propiamente positivista, y si es lícito envolver en el mismo concepto las ciencias positivas y el positivismo. Por lo demás, podemos aguardar tranquilos, cuando se nos da el plazo de algunos siglos, para ver los resultados del positivismo. Esta respuesta habia sido ya prevista y contestada por Broglie. Hé aquí cómo se expresa el sabio abate: "Hace diez años que H. Spencer publicó sus *Principios de psicología*; hace treinta que A. Comte publicó su *Sociología*; hace también mucho tiempo que Bain publicó su *Tratado del espíritu*. Ahora bien, ¿qué ha resultado de esas tentativas? ¿Hay algún descubrimiento nuevo sobre la naturaleza humana, algún principio nuevo de moral, de política ó de psicología, que haya adquirido un valor científico, que haya conquistado el asentimiento universal, como la teoría del péndulo de Huygens, el principio del barómetro de Pascal, ó el sistema de Copérnico? ¿Cuáles son hasta hoy los resultados del método positivo aplicado al espíritu humano? Simples teorías filosóficas, admitidas por ciertos filósofos, negadas por otros, desconocidas del vulgo, incapaces de salir de las escuelas, y entrar á título de elementos ciertos é incontestables en la ciencia común, y en el gobierno práctico de la vida humana. Aguardad todavía, nos dicen los positivistas; el gran esplendor, la magnífica eflorescencia de las ciencias morales tratadas por el método positivo, vá á aparecer bien pronto. Aguardad todavía; nuestro Galileo no ha nacido, nuestro Newton no vendrá sino dentro de un siglo. Sea; eso es fácil de afirmar, pero no se ha presentado la prueba, y la única razón para esperar resultado tan increíble, es la asimilación, erróneamente establecida, entre la filosofía y las ciencias que tratan del mundo visible."

Dice el *Positivismo* que su escuela no rechaza las hipótesis; que lo que hace es reglamentarlas, poniéndoles por condición que sean "susceptibles de una verificación positiva más ó menos ligera, pero siempre indeclinable." Está bien; deseáramos únicamente saber si nuestro colega cree que las hipótesis en que se funda su sistema, satisfacen esa condición, y si son susceptibles, por lo mismo, de una verificación positiva.

Pero hay una cosa más grave, y es comparar la ciencia de Dios y la ciencia del alma, con la astrología y la alquimia, para justificar las mutilaciones efectuadas por el positivismo. La astrología y la alquimia han sido excluidas del dominio científico, porque se reconocieron falsos sus objetos; ¿serán, pues, falsos, los objetos de la teodicea y de la psicología, de la teología y de la metafísica? ¿Dios y el alma humana han pasado al número de esas falsedades reconocidas, que por consiguiente no existen ni son dignas de ocupar la inteligencia de los sabios?... Parece que sí en el sentido positivista, puesto que más adelante se asimila la afirmación de lo sobrenatural, de lo invisible, de lo absoluto, con las creencias erróneas de que el agua era un cuerpo simple, y de que la tierra era el centro inmóvil del universo. En esto, el positivismo es consecuente con sus principios negativos, pero en lo que no es consecuente, es en desechar hechos que debía tomar en consideración conforme á su teoría, poniéndolos en la misma categoría de otros hechos,